

Alábenlo con sonido de trompeta, alábenlo con el arpa y la lira. Alábenlo con pandero y danza, alábenlo con cuerdas y flautas. Alábenlo con címbalos sonoros, alábenlo con címbalos resonantes.

¡Todo lo que respira alabe al SEÑOR! ¡Aleluya!
¡Alabado sea el SEÑOR!
Salmos 150:3-6

—Papá, ¿qué sonido hacen los elefantes? —preguntó Samuel—

—Pues... ese sonido es un barrito — respondió su papá.

—¡Ah!... ¿Es como un barro pequeño?

—¡Jaja!, no Samuel, se llama barrito o grito.

—Pero los elefantes no gritan papá, hacen ese sonido extraño con sus trompas.

—Sí, claro. Me refiero a que los elefantes barritan, o como tú dices, hacen ese sonido con sus trompas.

La conversación de Samuel con su padre duró algunos minutos antes de que el niño lograra dormirse.

—Imagina Samuel —decía su padre—, ¿cómo sería una orquesta hecha por animales? Los grillos tocarían el violín, los monos que andan golpeando todo con sus manos tocarían los tambores, los ruiseñores cantarían...

—Papá, ¿y los elefantes?, ¿qué instrumentos tocarían los elefantes?

—¡Mmm!... ¿los elefantes?... supongo que ellos tocarían la trompeta.

Esa noche Samuel durmió pensando en los animales y sus sonidos. Los violines, los tambores y las trompetas. Y se puso a soñar.



—Vamos Dante —dijo el águila real que dirigía la orquesta—, por ser un elefante eres perfecto para tocar la trompeta.

—Es que mi fuerte no es la música — se justificó Dante.

—No puedes decir eso, seguro podrás tocar algo bien. Tan solo debes tomar esa gorda trompa que tienes y hacer que suene con la música. ¿Por qué no lo intentas al menos?

—Está bien —dijo a regañadientes el elefante—. Dime cuando debo entrar.

—¡Hazlo a mi señal! —dijo el águila abriendo las alas y levantando una rama en forma de varita para empezar la dirección de la orquesta de los animales.

En el sueño de negros y corbatines. Samuel soñaba con los trajes que alguna vez vistieron sus papás cuando salieron juntos a una cena elegante. Así se vestían los animales de su sueño.

Y empezó el sonido fino de los violines a cargo de los grillos, y poco a poco se les unieron los monos chocando con suavidad unos platillos. El pavorreal desplegó sus coloridas plumas y moviendo cada una de ellas provocaba un sonido de arpa. También los ruiseñores piaban un canto sutil y tranquilo.

—Ahora elefante —dijo el águila señalando al abultado paquidermo—, es tu momento de entrar con la trompeta. Dante levantó su trompa y sopló con todas sus fuerzas.

—¡Truuuuu!, itraaalalaaaaa!
ifrun! ifraaaasss! ifurun!
ifruuunnn!

El elefante alborotó el lugar con un estruendo terrible y todos se taparon las orejas al mismo tiempo.

Luego de un silencio incómodo, todos abrieron los ojos y se miraron unos a otros preguntándose cómo era posible que un animal con tal trompa no pudiera hacerla sonar como una trompeta.



—¡Te lo dije! —afirmó Dante, el elefante—, yo no fui hecho para esto de la música.

Y nadie más se lo discutió. Dejaron ir a Dante, pues, al fin y al cabo, era mejor tenerlo lejos que dentro de la orquesta de los animales.

Cuando terminaron el ensayo, todos se felicitaron por un gran ensayo. Menos el águila que meneaba su cabeza con descontento.

—Hay algo que nos hace falta —dijo.

—Claro —chilló el mono impertinente hinchando los labios para imitar al elefante—, nos hace falta una gran trompa de elefante.

—¡Jo!, ijo!, ijo! —rio discretamente el pavorreal—, con semejante trompa y no puede tocar la trompeta... ijo jo jo!

Todos los animales reían, chillaban, balaban, mugían y hacían toda clase de sonidos mordaces. Era una verdadera selva de burlas.

Pero el águila aún no estaba conforme. Así que voló hasta la copa de su árbol favorito donde le gustaba ponerse a pensar.



—¿Qué le hace falta a esta orquesta?, ¿qué le hace falta?, qué... qué... ¿qué es eso que suena por ahí?

Dijo eso por un sonido exquisito a lo lejos. No sabía de donde venía, pero sabía que eso era lo que le hacía falta a la orquesta. Voló y voló hasta llegar al lago, donde el sonido era más fuerte.

El ave tuvo que abrir bien sus ágiles y alargados ojos. No podía creer lo que estaba viendo. Era Dante. Tan melancólico estaba que se había sentado en las orillas del lago para gemir con su trompa, sin darse cuenta que con toda la nostalgia que tenía, había conseguido entonar un sonido mucho más difícil que el de una trompeta. Era un saxofón.

—Truuuu... trululuuuu... triluliiiiii... tarariiiviiii... —sonaba la trompa de Dante con sonidos de saxofón.

Para cuando Dante se dio cuenta que lo miraban, ya todos los animales habían llegado allí, como si el canto del saxofón los hubiera llamado. Algunos solo sonreían, otros secaban un par de lágrimas y unos pocos aplaudían.

—No entiendo —exclamó Dante—, yo estaba solo. Me aseguré de que nadie escuchara mi lamento.

—Solo puedo decirte una cosa amigo elefante —aseveró el águila—, cuando tocas con tal sentimiento, toda la naturaleza te escucha y el cielo mismo sonríe al oírte silbar como un saxofón.

A la mañana siguiente...

—¡Papá!, ¡papá! —vociferó Samuel mientras corría a la habitación de su padre—, ya sé que instrumento tocan los elefantes. ¡Definitivamente un saxofón!

Dialoga con tus hijos.

¿Qué significa alabar a Dios?

» ¿Cómo se alaba con los instrumentos?

» ¿De qué otras maneras se puede alabar a Dios?